

Ángeles Yazlle García
LASTIMA

INTERZONA



Ángeles Yazlle García

LASTIMA



INTERZONA

INTERZONA

Yazlle García, Ángeles
Lastima - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2012.
104 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1180-99-8

1. Narrativa. I. Título
CDD 863

Fecha de catalogación: 18/09/2012

© Ángeles Yazlle García, 2012

© interZona editora, 2012
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Virginia Ruano
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Composición: Hugo Pérez
Diseño de tapa: Olivia Pierrugues
Imagen de tapa: María Laura Muscarsel Isla

ISBN 978-987-1180-99-8

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*
Libro de edición argentina

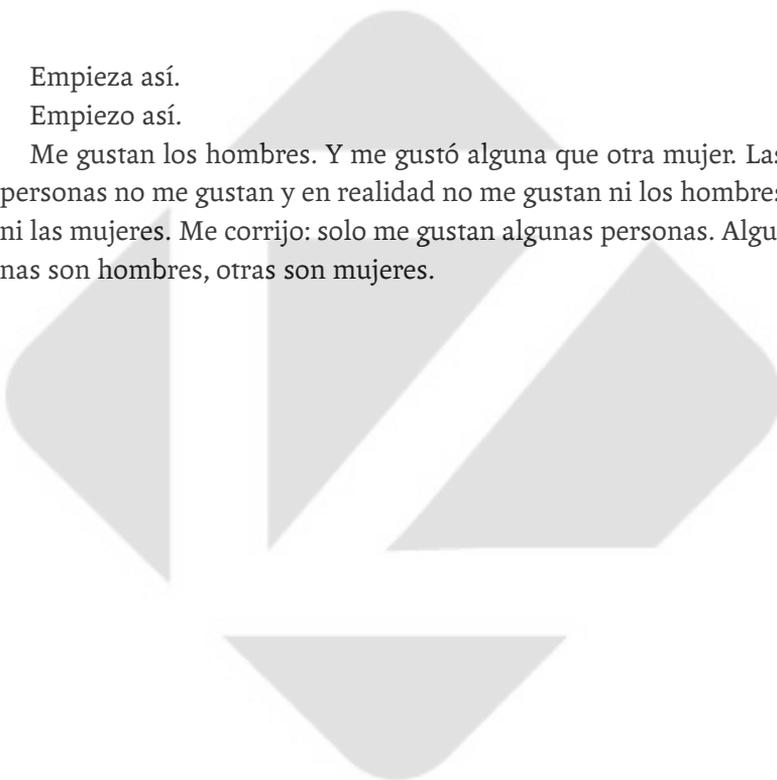
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



*Dedicado a mis maestros,
Claudio Andrade y Esteban Schmidt.*

Gracias a Elsa Drucaroff y a Guido Indij.





Empieza así.

Empiezo así.

Me gustan los hombres. Y me gustó alguna que otra mujer. Las personas no me gustan y en realidad no me gustan ni los hombres ni las mujeres. Me corrijo: solo me gustan algunas personas. Algunas son hombres, otras son mujeres.



1

Tuve un novio. Un novio y una amante. Galo y Lili. A los dos los quise pero solo a Galo lo lastimé, todas las noches. Yo lo sabía, lo hacía a propósito. Fue divertido, pero al final lloré mucho. A él no le divertía tanto como a mí. Lo lastimé con Rufo, con León, con El Tex y muchos más. Con algunos fue demasiado, la verdad es que sí. Yo, en su lugar, no lo hubiera soportado. Qué mala fui.

Galo apareció de repente. Ya hacía un tiempo que trabajaba en la vinería cuando lo vi. Lo empecé a mirar todos los días y lo elegí. Nos mirábamos todos los días, él desde su trabajo y yo desde el mío. Durante horas nos mirábamos. Sentada en la galería de la vinería esperaba verlo salir del restaurante en el que trabajaba y apoyarse en la puerta de entrada, sobre un costado, a fumar un cigarrillo. Una noche en que me estaba yendo temprano me pidió que me acercara, me hizo un poco la cola, fui. Quiso saber mi nombre, qué hacía, sentate me dijo, y me ofreció un vaso de agua. Me mostró sus manos llenas de colores y desde ese momento no pude hacer más que sonreír. Pero él, que me había llamado, me miró con disimulo. Era atento, pero indefinido, desafiante.

Me hizo dudar de mis encantos. Entonces decidí que me iba a quedar con él.

Nos volvimos a encontrar más tarde en el bar al que iba siempre, a la vuelta de nuestros trabajos. De la vinería fui volando a mi casa, me bañé y me arreglé para Galo, me puse las botas negras hasta las rodillas y la remera que usaba como vestido, también

negra, con el cuello amplio que caía sobre un hombro dejándome el otro al descubierto. Cumpliendo con mi ritual de todas las noches caminé las tres cuadras, pasé por la plaza, por el quiosco donde compraba siempre mis cigarrillos y llegué al bar. Esta vez a esperar que apareciera Galo. Mientras, perdía el tiempo hablando con Manú, con El Falso Español, con Jaime, iba y venía, me sentaba un rato con cada uno, un trago, unas palabras y a otra mesa. Hasta que lo vi llegar. Hermoso, qué bonito estaba. Ahí venía, por la peatonal rodeada de palmeras, por el medio de la calle, con las manos en los bolsillos, riéndose, intercambiando miradas con sus compañeros de trabajo, él adelante, liderando el grupo. Y detrás venía el cocinero, el bachero, el mesero, que yo no los conocía, pero sabía que sus acompañantes estaban solamente porque él les había pedido, para no llegar solo a buscarme. Simulaba divertirse con ellos, sonreía exageradamente, intercambiaba gestos, miradas, palabras mientras tomaban una cerveza. Pero estaba ahí sólo por mí. Yo me quedé hablando con los otros, no demasiado, no quería desconcertarlo todavía, aunque igual me hacía la que no lo veía, pero estaba, y traía sus manos, con un poco de amarillo, de rojo, de violeta. Eran manos tristes, solitarias. Y las quería conmigo.

Entonces me miró y todos sus extras se fueron. Me invitó a quedarme con él, una cerveza, las estrellas, y claro que le dije que sí, cada vez estaba más cerca. Me quedé toda la noche, fuimos una cuadra hacia el mar, una hacia el centro, al nuevo bar, en la vereda y en todos lados me quedé con él. Y así fue. Me hizo girar, puso su mano en mi boca, por encima, y después entre mis labios. Siguieron sus labios. Frescos y exactos. Totalmente frescos. Nos quedamos así, envueltos, hasta que se terminó la noche. Entonces empecé con Galo.

En una de las cosas más importantes no coincidíamos, aunque poco tuvo que ver con todo lo que hice. Los otros, de cualquier manera, iban a existir. A Galo no le gustaba salir, y a mí sí, y bastante, a todos lados y casi todas las noches. Entonces ahí teníamos problemas,

porque empezó a enojarse. No me lo decía, al contrario, salí, salí, y yo, entonces, por supuesto que seguí saliendo y empecé a buscar formas de divertirme. Y creo que no le gustó. Yo le preguntaba por qué o qué le pasaba que ya quería que nos fuéramos, un trago, unas canciones y ya era hora de volver, qué, por qué, y sus respuestas eran siempre las mismas, que no lo conocía, que yo no sabía nada de él, que esperara, de a poco me iba a ir contando.

Un poco me contó.

Cuando Galo volvió a la ciudad yo ya había llegado. El gobierno de su país lo obligó a volver por seis meses, porque, a cierta edad, ciertas cosas, entonces armó su valija, sus amigos le hicieron una despedida con gorros y un cartel que decía buen viaje o algo así, y fue a cumplir con su deber. Durante ese tiempo me dijo que pasó el hambre que hace doler la panza y dan ganas de llorar, sumado a que lo hacían entrenar diez horas al día, correr, trabajar, y hasta le enseñaron a usar armas. Me mostró una foto en la que está con el uniforme verde con manchas marrones, una gorra, y tiene una ametralladora colgada de su cuello. Uau, qué bien le queda el uniforme, pensaba, pero había algo raro ahí, en ese personaje al que yo veía disfrazado con ropa y armas que no tenían nada que ver con él, con su vida y con lo que él demostraba ser, con cómo vivía. Le preguntaba cómo lo soportó, por qué, si ni siquiera vivía en su país para defenderlo, si se había ido. Galo enderezaba su espalda, se ponía recto, me miraba fijo, y empezaba un discurso con las palabras nacionalismo y nosotros y defender. Entonces me daba cuenta de que su orgullo tenía más que ver con la culpa de haber abandonado su país, su familia y su ideología, que con lo que realmente creía. A los 16 años se fue por primera vez de su casa, dejó a su mamá, a sus hermanos y se mudó de país, porque, según decía, su país era problemático, lleno de conflictos políticos, de guerras civiles. Yo, que a veces trataba de prestarle atención cuando hablaba, me atrevía a decirle que todos los conflictos que nombraba eran ideológicos, pero no había diálogo posible en lo que se refería

a su país, no le gustaba mi opinión, ni le interesaba, entonces lo dejaba hablar y decir lo que quisiera. Me hacía comparaciones como un favor para que yo entendiera, me contaba la historia y las divisiones, que esto es nuestro y nos lo quieren robar, repetía. Mientras tanto, mi cabeza flotaba pensando entre qué me iba a poner esa noche y adónde iba a ir a tomar algo. Hasta me aguanté un monólogo entero sobre el Mariscal Tito como respuesta a mi curiosidad deliberada.

Cuando me contaba de su país actuaba y eso me resultaba gracioso, porque se transformaba, hacía gestos que nunca le había visto, las cejas cambiaban de forma, pasaban a ser angulosas, filosas, oscuras, se liberaban y crecían ramas, hojas, como si buscaran algo contra que pelear. Él hablaba y yo le veía las cejas de otro color, que crecían hasta llegar al techo y finalmente caían. Toda su familia se tuvo que mudar porque los estaban invadiendo, nunca entendí muy bien por qué, pero él se fue a estudiar a Italia, y por supuesto, también sufrió. Y sí, inmigrante, con esa cara, esa barba, no se podía esperar otra cosa. Pero Galo se quedó y estudió Bellas Artes, se recibió, ganó una beca y organizó una exposición en la que vendió todos sus cuadros por la que lo eligieron como el mejor artista joven. Con esa plata viajó. Y llegó por primera vez a esta nueva ciudad. Y se quiso quedar para siempre.

Después de los seis meses que desapareció volvió flaco. Flaco, flaco. A mí no me llamaba la atención, me encantan los flacos, pero todos los que lo conocían se sorprendían de sus nuevos ángulos y le preguntaban, le miraban los brazos, algunos huesos que ahora resaltaban. Yo lo veía precioso con los huesos de la cara bien marcados. Y además no me gustan los musculosos. Me parecen horribles.

Con lo poco que me había contado decidí que quería ayudarlo. Cuando nos quedábamos durmiendo a la mañana se ponía contento, me decía que le hacía bien descansar, que necesitaba eso. A veces, cuando me acordaba, le hacía un sandwichito de mantequilla

de maní y mermelada, agarraba el pan negro que tenía en la heladera, mantequilla de un lado, mermelada del otro y unía los dos panes. Tomá, Galo, especialmente hecho para vos. Una vez le mentí y le di uno viejo, que yo no había comido, se notaba que estaba un poco seco, sobre todo por los bordes del pan, y se dio cuenta, pero lo comió igual. También acomodaba toda mi ropa antes de que viniera a verme, y eso sí que era mucho trabajo. Guardaba los zapatos, recolectaba todos los pares, y uno al lado del otro los acomodaba en fila: botas, tacos, plataformas. Doblaban todas las remeras bien prolijas, que quedaran lisas y estiradas, como los vestidos, uno en cada percha. Siempre se burlaba de la cantidad de ropa que tenía y de cómo me quejaba porque no sabía qué ponerme. Desde la cama decía lo que le gustaba, al azar en realidad, señalaba un vestido, ese, o ese, pero siempre terminaba cambiándome. Había veces que hasta limpiaba un poco, pasaba el escobillón, un trapo en la mesa grande, en los bordes de los sillones, perdía tiempo haciendo eso, mi departamento era grande, pero estaba bien, no me molestaba. Lo empezaba a querer a Galo.

Una mañana lo vi mirando fotos mías de cuando era chica. Me miraba y miraba la foto. Éramos igualitas, yo en chiquita. Me decía que todavía tenía el mismo pelo, los mismos rulos y la sonrisa con los agujeros a los costados. La que más le gustaba era una en la que estaba con mis hermanos. Él también tenía hermanos, pero ya no los extrañaba, nada, en cambio yo a los míos sí. A veces soñaba con ellos, me despertaba y lo despertaba a Galo, quería saber cómo había hecho, cómo hacía para estar bien, quería que me explicara, y aunque su respuesta era que me iba a acostumbrar, lo cual no me convencía, Galo lograba hacerme reír. Me aplastaba contra el colchón y me obligaba a dormir, a que no lo molestara más. También me llevaba a su taller y veíamos las pinturas que estaba haciendo. Me sentaba o acostaba en el piso, es que las sillas siempre me resultaron incomodísimas, y él pintaba, ponía el bastidor sobre el soporte de madera y empezaba. Yo fumaba un

cigarrillo, me revolcaba, cantaba, hacía posiciones de yoga inventadas por mí, hablaba, lo miraba, y él sabía que lo estaba mirando, porque cuando pintaba se sacaba la remera, lo hacía a propósito para que viera sus mini músculos, entonces empezaba a reírme. Es que eran tan indefensos que me daban ternura. Una noche me pidió que lo ayudara. Que pintara. Me pareció una buena idea, yo no sabía dibujar nada, pero había estudiado Historia del Arte, algo se me iba a ocurrir. Entonces agarré la paleta y pinté. Cubrí toda la punta del pincel con óleo y le hice a su retrato una cicatriz en la cara, negra, como si estuviera podrida. Dejé el pincel, la paleta y dije listo, listo Galo, terminé. Y casi me mata, un espanto, pero yo no tenía la culpa, él tuvo la idea, aunque lo cierto era que sí, había quedado horrible. Hice toda una hipótesis de por qué valía la pena dejarla, hablé con destreza, citando las bases del simbolismo, de la fatalidad, de lo perverso y de la sensualidad, hablé de las mujeres de Klimt, de la ética de la belleza, de los andróginos, y aseguraba que mi cicatriz se justificaba. Pero cuando terminaba de hablar me largaba a reír. Por suerte él también se reía.

Cuando se reía cerraba los ojos, entonces yo me reía, y cuando yo me reía siempre me quedaba sin aire, entonces él se reía. Le encantaba cuando no podía respirar de la risa. También le encantaban mis tetas. Es que eran muy lindas, sobre todo la piel que las envolvía, suave y tierna. Pero qué exagerado. Mis tetas, mis tetas, mis tetas. Como si fueran algo tan único y exclusivo. En eso sí que era igual a los otros. A mí me gustaban más mis muñecas, y también mis piernas y a veces mi cola, dependiendo de la ropa que me pusiera. Siempre le mostraba mis piernas y le decía que eran lo más lindo que tenía, las estiraba como una flecha y las acercaba tanto a sus ojos que en vez de darme un beso con admiración las empujaba y hacía que me chocara los talones. Yo gritaba Galooooooooooooooooo, tené cuidado, cabeza de chatarra, y otra vez a reírnos. Y otra vez yo de sus ojos y él de mi respiración.

Una mañana recorrió todo mi cuerpo con sus manos, yo estaba

un poco despierta, pero no quería interrumpirlo. Terminó dándome un beso en los talones. Así pasábamos algunas mañanas. Otras me escapaba, abría la puerta despacio y me iba. Después me arrepentía. Hasta que decidía volver a hacerlo.

Sabía que éramos hermosos, hasta la celosa de Bárbara nos lo dijo esa noche que se acercó, haciéndose lugar entre las personas que estaban en el bar, y sonriendo, con los ojos un poco desorbitados por los tres tequilas que había tomado, lo dijo. Hermosos. Y sí. Porque aunque Galo dudara o sospechara, yo lo quería y confiaba en que él se daba cuenta. Lo quería bastante, más que a todos los otros. Es que cuando armaba sus cigarrillos ponía esa carita de empapado que me encantaba, como también cuando seguía el ritmo de la música golpeando mis piernas, él sentado en un banquito de la barra de uno de nuestros bares preferidos, yo sentada enfrente y su mano directo en mi pierna. Por suerte nunca usaba pantalones largos que interfirieran con sus golpes. Sino no lo hubiera disfrutado tanto. A veces se sentaba en la vereda de su restaurante, lo veía mirándome, entonces levantaba la mano y me sonreía. Otras veces yo lo miraba, sentado solo, con sus manos, dibujando, trascendiendo todo, con la cabeza inclinada hacia abajo. Se hacía más chico de lo normal, moviendo la lapicera sobre una servilleta, movimientos cortos, frenaba, pensaba, y volvía a mirar hacia abajo. También me gustaban sus remeras, todas de diferentes colores, lisas y apretadas, perfectas para el cinto que tenía del que colgaba todas las llaves, las de su casa, las del restaurante. Cuando dormíamos ahí sí que disfrutaba. Porque me abrazaba y aparecían sus manos que usaba a veces torpemente y otras veces llenas de colores. Cuando más lo quería, de todas las veces, era cuando me veía bailar y no le importaba que no fuese con él. Salvo una vez que tardé mucho y se fue. Esa vez se enojó, pero cuando lo volví a ver, y estábamos solos, me sacó a bailar y terminó dándome un beso y apoyando su cachete contra el mío, con su barba corta, entonces me raspaba con cariño, delicado, y a mí me gustaba.

Así, entretenida y contenta, estuve bastante tiempo. Hasta que Galo empezó a creer que no lo quería. Una noche quiso que se lo dijera, quería escucharme decir cuánto lo quería, cuánto. Todavía me acuerdo cómo y en dónde me lo preguntó. Me pareció lindo que me preguntara eso, pero no le dije nada. También me quedé callada cuando me preguntó por qué le hacía eso. Él me repetía lo mismo y yo en silencio. Entonces me hizo llorar. Y eso no me gustó. Entendía que estuviera enojado, pero tampoco tenía derecho a decirme eso tan feo. La noche había sido muy larga y quería dormir. Solito lo dejé, ahí. Sin decirle nada desaparecí. Solito lo dejé y me fui.

Lili me estaba esperando.

2

Lili fue la primera con quien lastimé a Galo y la que más duró. Empecé después de conocer a Galo y fue en la vinería. Ahí fue nuestro primer beso. Nos conocíamos hacía bastante, por eso no me parecía mal estar con ella también. Ya no vivíamos juntas, entonces nos veíamos solamente si iba a visitarme. Llegaba en su bicicleta violeta que la hacía ver tan linda, tan libre, pedaleando desde su departamento, con sus rulos morochos tapándole la cara. De un salto se bajaba, apoyaba la bici en el borde de la vereda y hola, hola Preciosa. Así me decía. Me abrazaba, me apretaba, me daba la mano y sonreía tímida, ya arrepintiéndose de lo que iba a hacer. A veces, después de decirme que me quería demasiado, se preocupaba y me preguntaba si estaba enojada con ella por haberme dicho eso. Solo me enojé una vez. Fue cuando me dijo que quería enredarla.

Esa noche, la primera, yo estaba atrás del mostrador de la vinería acomodando los pedidos que teníamos para esa tarde, pasando en limpio algunas anotaciones y haciendo la lista de cosas que

teníamos que comprar. Cinco tintos para el restaurante de los italianos, una caja para el evento de la noche, sí o sí cobrar la cuenta que debía El Rey de las Chelas. Mientras Lili, del otro lado, me contaba lo mal que le estaba yendo en el trabajo y que ya no soportaba más a la chica nueva que estaba con ella. Que la miraba mal, que no la dejaba atender el teléfono, que se creía que era la dueña de la oficina. Y a mí me daba lástima, pobre Lili, nunca le iba bien en sus trabajos. Era muy enojona, y cuando no le gustaba algo, le correspondiera o no, lo decía, gritando, haciendo gestos, moviendo el pelo. Como esa vez que le dijo huevón a su jefe porque pidió un café con leche descremada en una reunión. Entonces Lili, frente a todos, gritó “pero qué huevón”. Me causaban gracia esas cosas, pero a Lili la perjudicaban, la hacían ir de un lugar a otro cada dos meses, de un buen sueldo a uno malo, de tener plata a pedir si alguien la alojaba hasta conseguir otro trabajo.

La interrumpí y le dije que viniera a mi lado. Se sentó en la banqueta alta que usaba cuando me cansaba de estar parada, una banqueta de madera oscura, barnizada, que mi jefe había comprado especialmente para mí. Lili se sentó, cruzó sus piernas, se sacó la campera y yo le di un beso en el cachete para que se pusiera contenta, para demostrarle que también la quería. Porque, a diferencia mía, Lili era muy cariñosa. Me abrazaba y daba besos sin motivo, me miraba y sonreía, decía que me quería, por eso, cuando empezó a acariciarme las piernas no me llamó la atención. Era algo más de lo que siempre hacía. Yo me reía, es que me daba cosquillas, y Lili me miraba, y volvía a mis piernas, que desde que nos conocíamos habían sido su debilidad. Ahí, mientras sus manos iban hacia arriba y hacia abajo acercó su cara y en un segundo, sin que tuviera tiempo a hacer algo, enroscó sus labios en los míos. Alargó el cuello, se estiró, se inclinó hacia mí y apoyó su boca en la mía con inocencia, sin control, y qué gracioso, me besó y besó, giró su cara, torció el cuello, y cuando terminó, ni bien terminó, escondió su cara con las manos. A mí me gustó. Esa misma noche,

ÍNDICE

1	11
2	18
3	24
4	30
5	36
6	43
7	44
8	48
9	53
10	55
11	62
12	71
13	74
14	80
15	84
16	92
17	95
18	97
19	97
20	99

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA